

La importancia de lo público. Lo público es necesario

Ana Martínez Rus

Una profesora indignada de una Universidad Pública de Madrid

¿Por qué faltan médicos? ¿Por qué faltan profesores? La ciudadanía lee atónita y estupefacta estos días que, en España, y en particular en Madrid, epicentro europeo de la pandemia, faltan sanitarios y docentes. ¿Cómo es posible que en el siglo XXI en un país desarrollado de Europa falten estos profesionales? Esto no es nuevo, viene de atrás, tras años de incurria, recortes y privatizaciones en sanidad y educación públicas. La pandemia ha puesto en evidencia las deficiencias y vergüenzas de nuestro sistema sanitario y educativo. Las políticas neoliberales han destrozado todo lo público a conciencia. El objetivo era muy claro, se trataba de desacreditar lo público para destruirlo. Lo público era ineficiente y costoso, mientras lo privado era la panacea. De este modo se procedió al atroz desmoche de todo lo público. Incluso se extendió una conciencia muy generalizada de que lo público era para pobres, una suerte de beneficencia.

Una buena herencia del franquismo sociológico es la consideración del médico de pago y del colegio de pago como lo mejor, muy superior a lo público, aparte de un signo de estatus social. Y para aquellos que no puedan pagarse el colegio privado siempre está el engendro de la educación concertada bajo la falda premisa de la libertad de elección de los padres. El invento de la enseñanza concertada permite que muchos centros educativos, en su mayoría regidos por órdenes religiosas católicas, funcionen como establecimientos privados, pero con fondos públicos. Eligen alumnado y profesores, de este modo segregan a los alumnos y seleccionan a sus docentes, que no pasan ningún examen ni filtro, a diferencia de la educación pública. Pero, eso a los padres les da igual porque las instalaciones son mejores, sus hijos hacen relaciones para el futuro y se libran de los inmigrantes y de los pobres. La cualificación de los profesores en este caso es secundario. Y luego, cuando llegan las cifras del informe PISA, donde España no suele quedar muy bien, se hacen análisis muy sesudos, pero nadie señala esta circunstancia de la educación dual porque la concertada es estupenda por definición. Y la pública da igual, porque en muchas regiones como en Madrid es poco menos que un ghetto, a la que se le reduce la financiación sistemáticamente para engordar los conciertos en etapas no obligatorias como la infantil y el bachillerato y además cada vez se extienden a más centros.

Asimismo, en la educación superior, las universidades privadas han proliferado últimamente de manera escandalosa. Aunque todavía no existen conciertos, tienen unas instalaciones estupendas y nuevas, a veces en suelo público, y si los profesores tienen peor cualificación o se les exigen muchos menos requisitos que en la pública, es mejor para estas empresas porque así se les exprime más laboralmente. Y mientras las universidades públicas están infrafinanciadas y se han subido las tasas académicas a los alumnos de manera descarada para reducir la distancia económica con las privadas.

Llevamos años amortizando plazas y más plazas de profesores y médicos, aparte de que las condiciones laborales y salariales de estos profesionales han empeorado notablemente, generalizándose contratos precarios. De este modo exportamos enfermeros, médicos, profesores y científicos a países donde se les trata mejor y se les valora adecuadamente como si a nosotros nos sobrasen. España ha perdido un capital humano valioso, que además ha costado años formar con fondos públicos, para que se beneficien otros países. Esta

situación demencial no tiene ninguna lógica ni eficiencia económica. ¿Cómo es posible que Portugal, nuestro país vecino con menos población y más pequeño, al que tantas veces se desprecia e ignora pague mucho mejor a sus médicos que España?

El mantra era adelgazar lo público, fomentar la hostelería y la construcción, y promover a los emprendedores de negocios. Emprendedores, esa palabra que se ha repetido hasta la saciedad, para desacreditar a todo aquel que no lo fuese porque no crea riqueza, como si un científico, un profesor o un médico no emprendiese una labor necesaria cada día en su puesto de trabajo. Nada crea más riqueza en un país que la educación y la investigación, esa sí es una gran inversión de futuro. Sólo el conocimiento y la ciencia nos salvará.

Los responsables de esta lamentable situación son políticos con nombres y apellidos, pero también la ciudadanía que les ha votado y vota reiteradamente. Ellos también son cómplices de esta dramática situación. Resulta que la bajada sistemática y reiterada de impuestos se ve como algo estupendo. Nadie parece reparar que cuando se rebajan impuestos nos están robando un colegio público, camas de hospital, plazas de profesores y sanitarios. El dinero en los bolsillos de los ciudadanos para que se paguen sus seguros médicos privados y sus colegios privados (incluidos los concertados), y los que no puedan hacerlos tendrán que conformarse con la sanidad y la educación públicas tan maltrechas, masificadas y mal dotadas. Es el mercado, amigo.

Pero, en 2020 llegó el Covid-19 y resulta que los médicos mal pagados y saturados de la sanidad pública se pusieron en primera línea de combate para hacer frente al maldito virus con gran profesionalidad, poniendo en riesgo sus vidas y las de sus familiares. Mientras que la sanidad privada cerró plantas y dio vacaciones a sus trabajadores en lo más duro de la pandemia, escurriendo el bulto de manera bochornosa. Además, ha cobrado a precio de oro a las administraciones públicas los pacientes que ha atendido derivados de la pública ya que para eso son un negocio.

Por otro lado, los profesores de la enseñanza pública tuvieron que improvisar recursos y utilizar sus propios medios para seguir atendiendo a sus alumnos. Los médicos se pusieron bolsas de plásticos para atender enfermos y los profesores utilizaron sus ordenadores particulares y la red de internet de sus domicilios para seguir con sus obligaciones docentes. ¿Qué clase de sociedad estamos creando? ¿Qué futuro estamos dejando a nuestros hijos? ¿De qué sirve tanta tecnología si no podemos asegurar una sanidad y educación de calidad a todos los ciudadanos?

No hay nada más justo e igualitario que garantizar el acceso a la educación, independientemente de la condición socioeconómica de las familias de los niños y niñas. Eso es verdaderamente revolucionario, es el auténtico ascensor social. Tenemos que acabar con los conciertos educativos paulatinamente y crear una red de educación pública, laica y de calidad para todos y todas. No puede haber una verdadera democracia si no existe igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos. La educación concertada es otra pesada herencia del franquismo, donde las órdenes religiosas controlaban la educación y la enseñanza pública era muy minoritaria. Pero en vez de crear cada vez más colegios públicos para absorber al alumnado de esos colegios religiosos, se han aumentado los conciertos, ese invento para garantizar la pervivencia de esos centros, e incluso han proliferado más colegios religiosos como en la España de la Restauración cuando llegaron órdenes religiosas procedentes de la República francesa y portuguesa, respectivamente.

Los neoliberales conciben el Estado únicamente para que sus amigos hagan negocios, monten chiringuitos, y de paso establezcan redes de corrupción. Esto es otra vieja herencia, funcionan como en el Estado de la Restauración: para el amigo el favor y para el enemigo la ley. Es el peculiar capitalismo de amiguetes con el Estado de paraguas. Los beneficios para unos pocos y las pérdidas se socializan como vimos con la banca tras la crisis de

2008. ¿Alguien ha calculado el número de médicos y profesores que se podían haber contratado con los millones de euros que se les entregó a los bancos para rescatarlos?

Sería muy deseable que la pandemia, aparte de los miles de vidas que se va a llevar por delante desgraciadamente, arrasara también con las políticas neoliberales que iniciaron con tanto entusiasmo Margaret Thatcher y Ronald Reagan en 1979 y 1980, respectivamente. El franquismo nos privó de la creación de un verdadero Estado del Bienestar como en los países de Europa occidental, y con la construcción de la democracia, en plena ola de políticas neoliberales, se creó un mini Estado del Bienestar, que no ha hecho nada más que adelgazar desde entonces hasta la actualidad. Necesitamos urgentemente revertir esas políticas injustas y dotar a todos los servicios públicos de medios humanos y materiales. No se puede perder ni un minuto más. Para llevar a cabo ese objetivo es prioritario una política fiscal justa y redistributiva.

¡Resucitemos a Keynes! Hubo que esperar la muerte de más de diez millones de muertos en la Primera Guerra Mundial, una amenazante Revolución en la URSS, el auge de los fascismos, una crisis brutal del capitalismo y más de sesenta millones de muertos en la Segunda Guerra Mundial para aplicar políticas económicas keynesianas. La crisis de 2008 y esta pandemia mundial han demostrado que las teorías de Milton Friedman y la Escuela de Chicago han muerto, enterrémoslas ya.

Viva la Sanidad Pública

Viva la Educación Pública

Salva lo Público

Lo Público salva